



Campesina, 1950

Con voz de mujer y sabor a tierra

Serafina Suárez García

La elección del dibujo parecía tarea fácil, pues el artista y la obra, no nos eran ajenos, nada más lejos de la realidad. Conforme nos adentrábamos en su estudio, más complejo se tornaba todo. Ahondar en la etapa de retratos de Antonio Padrón, nos ha supuesto un viaje de ida y vuelta por la vida y obra de este irreplicable pintor. En ese camino me volví sedienta, y muchas veces atormentada por desvelar toda idea que pudiera ocultar la obra elegida. Como si de un arrebato se tratara, quise saquear muchos de los pensamientos intimistas del autor, desasosiegos e inquietudes que solo le pertenecieron a él. Anhelaba o esperaba, no sé de qué manera, que desde el más allá me susurrara sus desvelos, intranquilidades, y sus formas de manifestarlas. Menudo atrevimiento excéntrico el mío. Al final, he comprendido que nosotros estamos legitimados para el estudio, el análisis y la interpretación de todo su trabajo, ahora en forma de legado. Debemos entender que hay un recoveco en su vida personal y artística que solo le pertenece a él, lo que nos impide conocerlo del todo.

Lo cierto es que el retrato al que me refiero, es un sencillo dibujo a lápiz de líneas puras, firmes y con formas redondeadas. Muestra el rostro sin apenas muchas sombras de una campesina joven, ataviada con un pañuelo elegantemente anudado sobre su cabeza y dejando entrever un mechón de su pelo con unas acentuadas y perfiladas cejas. Sus grandes ojos abiertos y sus carnosos labios sellados expresan una ligera y tímida sonrisa matizada con retazo de tristeza y resignación. Todo ello expresa mucho, por lo que proponemos ver la perspectiva desde ese otro lado, desde lo más intimista del dibujo.

La mujer parece posar de manera tranquila para el artista, de forma cercana y reflexiva, asistiendo a emociones internas y con gran signo de amistad. Quizás ese afecto, lo consintió al pintor, logrando de forma genial el poder de la mirada que nos

persigue. Sus ojos de mirada inocente cautivan y seducen al espectador a lo largo de sus movimientos. El artista, demuestra su destreza y dominio de la técnica a lápiz, lo apreciamos en el estudio de luces y sombras aplicado en los ojos de esta labradora.

Volviendo la mirada al dibujo nos lleva a pensar que se trata de un personaje real, una joven y dulce campesina, de compleción fuerte y con rasgos primitivos. Su labor en las tareas del campo a sol raso, la llevan a usar el pañuelo dotándola de gran signo de feminidad. Todo nos conduce a pensar en la relación que tuvo el artista con la tierra fecunda. Ese terruño, que necesita de la contribución del trabajo de las mujeres para germinar, y en la que las mujeres no tenían ni garantías ni titularidad alguna. Posiblemente, ANTONIO PADRÓN bregó alguna vez con estas duras circunstancias, donde las mujeres rurales eran, y muchas hoy día también, símbolo de invisibilidad, sacrificio y dejadez de sí mismas para ser seres para otros.

El dibujo es pura magia femenina. Un ejercicio de ilusionismo que plasma sencillamente el hercúleo esfuerzo de la vida de las mujeres rurales a través del ágil trazo de una varita mágica en forma de lápiz.

El autor muestra que no hay lienzos lo suficiente grandes, ni bóvedas a la altura, ni trazos tan ágiles, ni colores tan vivos, ni torsos tan fornidos, capaces de reflejar el papel de la mujer en el mundo rural.

Ella es esfuerzo, cercanía y silencio real. Solo la magia de un dibujo sencillo fue la oportunidad que encontró Antonio Padrón de plasmarla.

Solo hay que contemplar este dibujo, limpio, preciso y ejecutado de un solo trazo.

Tejeda a 14 de julio de 2017